

Agua para la gran ciudad en el desierto

Héctor Gallegos

En esta breve nota quiero opinar solo acerca de la cantidad de agua que Lima efectivamente requiere y de su vinculación con la obra de gran envergadura —denominada Marca II— propuesta por el Ministerio de Vivienda y Construcción como la única solución al “problema” del agua en la capital de la república.

Temo que mientras perduren los intereses individuales como base para definir lo que el Perú debe construir, hacer o legislar, las puertas del desarrollo permanecerán cerradas. Y esto es así porque en el caos que se genera gobiernan finalmente la irracionalidad y la falta de compromiso con nuestro país.

Tal es el caso de la solución del problema de proveer a Lima, “la gran ciudad en el desierto”, con agua potable de calidad y presión permanente, adecuada y confiable. Todo, por el momento, gira en torno de construir o no el proyecto denominado Marca II, un túnel de trasvase del agua de la cuenca del Atlántico a la del Pacífico, los canales de entrada y salida a su lugar de almacenaje para que ella pueda ser controlada y distribuida, y la gran laguna de almacenaje con su represa que la encierra en su cuna de los cerros andinos. Una vez terminada la obra, que demandará una inversión de más o menos 120 millones de dólares, ella permitiría que lleguen al río Rímac seis metros cúbicos nuevos por segundo, con el consiguiente aumento —más o menos un tercio— del volumen característico de agua tratable durante el estiaje serrano por Sedapal en su planta de La Atarjea. Este logro provendría de una mayor capacidad de almacenaje en las alturas de la cuenca del Rímac, pero no de la etapa inicial propuesta —el túnel— que, siendo

optimistas, no aportará más de dos metros cúbicos por segundo, también a veinte millones de dólares el metro cúbico de agua cruda.

Al margen de la incertidumbre respecto de la cantidad de agua disponible para alimentar Marca II (los estudios hidrológicos son cuestionables), ¿es tan cierto que Lima necesita más agua en las próximas dos décadas?

Lima crece, y crece mal. El desorden urbano, la ocupación de espacios a cotas cada vez más altas, la cada vez más reducida densidad poblacional y la miseria de la nueva población vegetativa e inmigrante caracterizan el crecimiento físico y poblacional de Lima. Esta realidad constituye un reto muy grande para cualquier empresa de servicios.

Y aun en sus peores momentos Sedapal enfrentó tal reto con éxito parcial pero razonable. Tanto es así que su actual capacidad de fabricar agua potable y sus reservas de agua cruda son satisfactorias.

Por desgracia, Sedapal pierde casi 40 por ciento de la buena agua que fabrica: unos siete u ocho metros cúbicos por segundo. ¿Cómo?: fugas en sus líneas y conexiones; robo de los municipios que riegan sus jardines sin pagar; robo de miles de privados que alteran medidores o crean conexiones paralelas a la legal para pagar menos; falta de facturación de cientos de conexiones y de medición de casi la mitad de los usuarios; y descuido grave en la instalación, mantenimiento y administración de la medición de consumos.

Es indudable que no se puede recuperar toda el agua perdida; ninguna ciudad del mundo lo logra. Pero también lo es que por lo menos la mitad de la pérdida, tres metros cúbicos por segundo de agua potable (no cruda como la gravemente contaminada que trae el río), es recuperable, y que hacerlo es bastante más barato, es gradual y mucho más rápido que la construcción de la primera etapa de Marca II. Y es

cierto, también, que esa inversión dará trabajo, con el efecto multiplicador que esa acción conlleva, a las pequeñas y medianas empresas peruanas.

Dos temas más. 1) El poblador limeño consume virtualmente casi el doble de lo que debiera. (Este consumo está determinado por el total de agua producida dividido entre la población urbana.) La única solución para llevar el consumo a su valor debido consiste, además de en vender el agua fabricada a una tarifa que refleje su costo real, en impedir el robo y el desmanejo de Sedapal. Así, deviene impostergable la implantación de la moral del agua, sobre todo en una gran ciudad en el desierto, con el apoyo de sanciones drásticas. 2) Ninguna inversión de capital se justifica en el ejercicio correcto de la ingeniería para atender los problemas pico que presenta esporádica y erráticamente la naturaleza.

Por todas estas razones, la ejecución de la obra Marca II, ya bien estudiada, debe esperar el momento oportuno: más o menos unas dos o tres décadas.